

FRANCISCO CANDEL

un obrero de la pluma

FUI a la escuela hasta los quince años en que salí para incorporarme al mundo del trabajo. Siempre mi vocación fue ser pintor, pero, por lo que fuera, no tuve suerte..., trabajé en diferentes cosas..., empecé de aprendiz de ceramista, después pasé a trabajar como mecánico ajustador; en esta etapa precisamente tuve que ir a hacer el servicio militar. Entonces, caí enfermo del pecho. Siempre me había gustado leer, pero la convalecencia que tuve me permitió leer mucho más. Leí sin orden ni concierto y creo que esto empezó a influir en mi vocación literaria. Cuando me recuperé de la enfermedad no pude volver al tipo de trabajos pesados, como el de ajustador mecánico, y me metí a viajante, contable, diseñador de piezas de bisutería, decorador, hasta que nuevamente recaí en mi enfermedad. Tuve que hacer una convalecencia más larga y leí todavía más que antes. Entonces fue cuando me decidí a escribir para ganar algo. Escribí una novela muy mala en torno a la problemática que yo conocía, que era la del tuberculoso, y la presenté a un concurso literario. No gané y volví a escribir otra, «Hay una juventud que aguarda». Retrataba la lucha de los jóvenes que querían ser escritores, pintores, artistas en general y ser algo en el arte. Esta novela la presenté al Nadal, obtuve dos votos y mereció que un editor la leyese y la publicase. Así entré en el mundo de las letras. Tenía yo treinta años. La novela tuvo un éxito relativo; casi puede decirse que no lo tuvo, por lo menos en cuanto a ventas, pero por el tema surgió una cierta crítica que contribuyó a abrirme un poco el campo en los medios literarios. En seguida escribí otra novela titulada «Donde la ciudad cambia de nombre», que era un retrato de los barrios donde yo vivía.

Tuve la torpeza de dejar a algunos personajes con sus propios nombres y apellidos. Estos se enfadaron conmigo. En el escándalo tuvieron que intervenir desde el gobernador hasta la Policía. Me procesaron y fui absuelto, pero todo esto me dio eso tan aleatorio que llaman fama; los periódicos y la radio hablaron exhaustivamente de mí y los editores me abrieron las puertas de sus editoriales, y pude publicar lo que quise. «Han matado a un hombre, han roto un paisaje» fue la tercera novela publicada. Es muy ambiciosa. Contaba la historia de un paisaje suburbial que desaparece comido por la ciudad y por la industria. Paralelamente, narraba la historia de un hombre que, viviendo en condiciones infrahumanas, tiene que morir en ellas. Esta novela la consideró la crítica como una de las mejores mías. Cuando en algunas antologías se habla de literatura española contemporánea, la citan. Sin embargo, no tuvo el éxito de ventas que la anterior. A partir de ahí he seguido publicando hasta treinta y un títulos. He conseguido un núcleo de lectores heterogéneo, desde el universitario a la dama incofetada, al señor de barrio y a la chica de dieciséis años. Otro hito de mi carrera literaria ha sido un ensayo que se llama «Los otros catalanes» y que ha alcanzado doce ediciones en una lengua relativamente minoritaria, como es el catalán. Es el libro que se ha vendido más en catalán después de la Biblia. En fin, he practicado la novela, el relato, el ensayo y el teatro con muy mala pata...

—Tras el éxito de «Los otros catalanes», ¿se puede decir que resulta rentable ser escritor social?

—Bueno, yo creo que lo que es rentable..., iba a decir buen escritor, y tampoco, porque tenemos muy buenos escritores que

no se ganan la vida... No sé lo que es rentable siendo escritor... Lo que a mí me parece es que también al público se le ha hecho más tonto de lo que es. Se dice por ahí que ahora la gente no lee, pero, toca un tema interesante y verás cómo la gente lee. Y es que yo, como lector, no leería las cosas que se escriben, cosas que a mí ni me van ni me vienen. Ahora, que si tú escribes para cinco elitistas, para unos señores que tienen un gusto exquisito, pues que se coman los exquisitos tu plato... A mí qué me van y qué me vienen ciertas piroquetas. A propósito, recuerdo lo que hace poco decía Joaquín Marco de un libro de Benet: «Es muy bueno, está muy bien hecho, tiene unas aportaciones fantásticas, pero no he logrado pasar de la página quince»... También es verdad que se publican rollos impresionantes y logran mucho éxito porque tienen montada una monstruosa publicidad, pienso en «Papillon», en «Chacal», no creo que sean una gran cosa.

—¿No hay algo de oportunismo, de vivir de las rentas del éxito de «Los otros catalanes» al publicar ahora «Algo más sobre los otros catalanes»?

—No sé. Me es igual creer esto o no. Yo siempre digo que no hay libro sin segunda parte, y casi siempre esta segunda parte no se escribe, pero hay otras veces que sí. Tras publicar «Los otros catalanes», tuve un alud tan grande de cartas, de críticas, de comentarios y todo esto lo almacené y consideré que tenía que escribir otra experiencia y la escribí. El libro estuvo prohibido dos años y ha tenido que salir con ciertos arreglos, con cierto pacto con la Administración. Claro, que pensé que si de aquél había hecho doce ediciones, de éste podía hacer tres, pero, aparte del aspecto crematístico, es que tenía que escribirlo, si no, ¿qué hacía yo con aquel montón de material? Soy incapaz de comerme el material que recojo.

—A propósito de lo que tú llamas los «otros catalanes» (los que emigran a Cataluña), ¿cuál es el mayor problema con el que se enfrentan?

—El de la vivienda. El problema del trabajo lo tienen resuelto, aunque sea en el peonaje.

—¿De dónde son la mayor parte de nuestros inmigrantes en Cataluña?

—Indudablemente, de Andalucía, pero, entre los andaluces, predominan los de Jaén, Almería y Granada. De alguno de ellos sé de casos tan patéticos como el del que se vino a Cataluña andando desde un pueblo de Huelva.

—¿Es mejor ser emigrante en Alemania que en Cataluña?

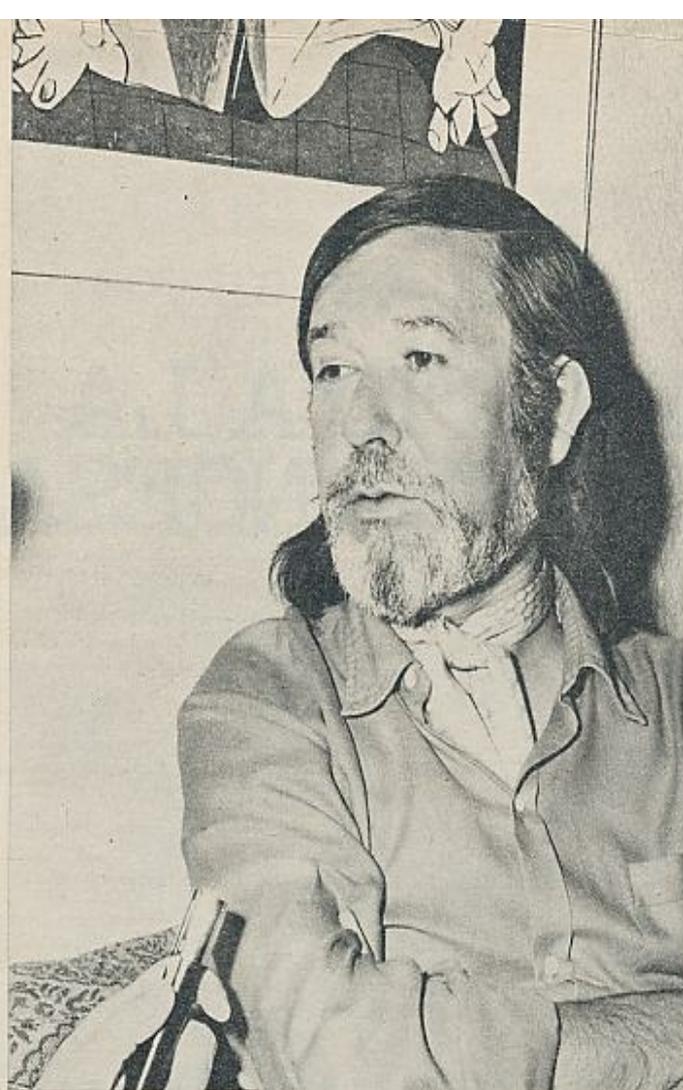
—No, es mejor serlo en Cataluña. Cataluña es España y el emigrante, con todas las desventajas que puede encontrarse en Cataluña, al fin y al cabo sabe se encuentra en su Patria. Y el idioma tampoco es problema, pues aunque en Cataluña se habla el catalán, también se habla el castellano. Se practica el bilingüismo, mientras que en Alemania concretamente, nuestros emigrantes han sufrido mucho con el idioma, porque no es fácil de aprender y, además, se ha cometido otro tipo de explotación de nuestros emigrantes que en Cataluña no se ha cometido.

—¿Cómo se explica eso de que a pesar de que llegaste muy niño a Barcelona no puedes escribir en catalán y necesitas que te traduzcan tus obras, que precisamente tienen una problemática catalana?

—Hay una cosa que te marca y es la lengua materna, la lengua en que te habla tu madre. Igual que mamas leche, mamas lengua. Aparte de que yo residí en barrios de habla castellana, donde el noventa y nueve por ciento son inmigrantes. Yo hablo el catalán, no diré que perfectamente, pero me defiendo. Si entro en un ambiente catalán yo hablo catalán. No es problema para mí hablar el catalán. Lo entiendo, lo leo, ahora que, escribirlo, no, y es que la gramática catalana es mucho más difícil que la castellana. Su ortografía y sus acentos son enormemente difíciles. Incluso los grandes escritores catalanes, como Camarasa, Pedrolo, Villalonga, necesitan de un corrector gramatical. El catalán es difícil, pero como, además, no se ha enseñado en las escuelas, resulta más difícil...

—¿Piensas seguir con el ensayo social o saltarás nuevamente a la novela?

—En esto tengo mi teoría, yo soy escritor y lo demás son cuentos. Desde chiquillo me enseñaron que hay que tener un oficio, igual que podría ser paraguero, pintor de brocha gorda o bombero... Por otra parte, estoy escarmentado del ensayo por la sencilla razón de que el ensayo sufre más tropezones con la censura que la novela. Por «estos tropezones» he decidido volver a la novela, y como yo había escrito una novela que se llama «Historia de una parroquia», donde intento explicar la historia de España desde la República hasta ahora, a través de la Iglesia nuestra, que tanto pesa en nuestra historia..., entonces, ahora acabo de escribir «Diario para los que creen en la



gente», y es un diario que escribe el protagonista niño de mi novela «Historia de una parroquia» y que aquí ya es un hombre maduro. Siguiendo este ciclo, en el que tengo un paisaje, unos personajes, es fácil que escriba otra novela. Algo así como lo que han hecho desde Balzac hasta Faulkner, Agusti o Gironella... Pero no me gusta hacer proyectos, porque el escritor es un individuo muy voluble, al que las circunstancias le hacen cambiar y ponerse a escribir sobre otras cosas...

—¿Y has logrado esa especie de consagración de vivir exclusivamente de la pluma?

—Exclusivamente. Pero no vivo, sino que malvivo...

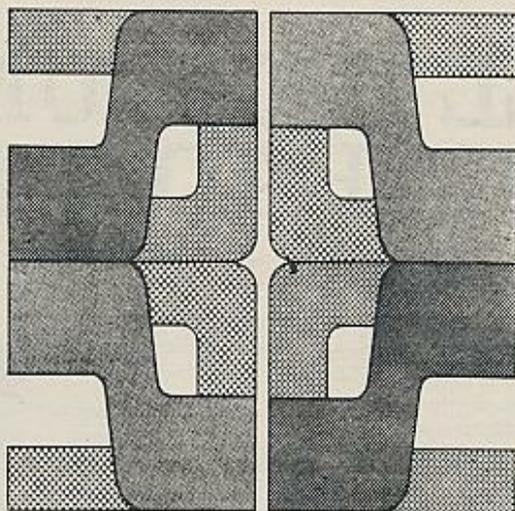
—¿No eres un poco escéptico acerca de lo que se puede conseguir socialmente por medio de esos tus libros más o menos inquietos?

—Sí, soy muy escéptico, pero no sólo en esto, sino en todo, quizá por temperamento. Pero luego te das cuenta que la literatura es el fondo de todo. El marxismo es literatura, el cristianismo es literatura, el humanismo es literatura... y todo es literatura. Literatura no en un sentido despectivo, sino en cuanto está en un libro. El cristianismo, en la Biblia, y el marxismo, en «El capital», o en las diversas obras del señor Marx. Todo esto es lo que hace que hoy nos movamos por aquí o por allá. La literatura, indudablemente, influye.

—¿A qué se debe esa obsesión constante por temas como tus mismos títulos lo evidencian: «Ser obrero no es ninguna ganga», «Los que nunca opinan», «Los otros catalanes»..., etcétera, etcétera...?

—Por la sencilla razón de que yo soy trabajador, mi padre era un triste jornalero, un picapedrero, un hombre que como siempre trabajó a jornal y no supo demostrar que había trabajado en un sitio fijo, se jubiló con trescientas pesetas mensuales. Mi madre hacía faenas, fregaba pisos, murió reventada de fregar pisos y lavar ropa en casas de gentes de dinero... Estas cosas te marcan de una manera tan brutal que jamás lo puedes olvidar. Yo nada más ver a una mujer agachada fregando el suelo me acuerdo instantáneamente de mi madre. Es una cosa que quizá un siquiatra me explicaría todos los motivos... Me dan ganas de pegarle una patada al cubo y levantar aquella señora y que se vaya todo a la mierda... Esto es una cosa que me llega a entristecer... Me he criado en un barrio de tipo obrero y me siento de esa gente y no lo puedo remediar... soy un jornalero de la pluma. Los intelectuales me lo desmontan, me dicen que no, que yo no vivo como un obrero, yo ahora estoy en un sitio, mañana en otro, y un obrero esto no lo puede hacer... Me desmontan, pues, mi teoría de obrero de la pluma, pero mi vocación lo es. ■ JAIME QUIJANO.

DE GALICIA SIN MORRIÑA



El Consorcio es una empresa minuciosamente planificada. Aspira a ser efectiva dentro de dimensiones moderadas y vanguardistas. Asistimos a la crisis mundial de los grandes colosos, como en biología. Las empresas altamente racionalizadas, con objetivos mínimos y selectos, están conociendo su momento de máxima eficiencia histórica. El Consorcio es una de ellas.

Sobre la realidad concreta de Galicia, el Consorcio está estableciendo núcleos de producción industrial coordinados que contradicen —con su práctica— el papel pasivo de productora de materias primas, energía y productos alimenticios que tácitamente se ha atribuido a Galicia en la división regional de trabajo. Por el contrario, el Consorcio manufactura productos que requieren una tecnología de máximo nivel, proyectados al consumo español y a la exportación.

La gran fuerza del Consorcio radica en el equipo que lo gobierna: novedad, habilidad, racionalidad. Todo presidido por unas perfectas relaciones de eficiencia.

Un grupo constituido por:

VICOR PRODUCTOS GLUTON (productos y materiales para la industria gráfica).

ESTUDIO QUID (diseño visual, diseño gráfico, diseño industrial, diseño de stands, investigación, fotografía).

REPROGRAFIA (tecnología de la reproducción en todas sus fases).

COLORPRINT SERIGRAFIA (impresión serigráfica sobre todo tipo de soportes y volúmenes).

ESFINGE IBERICA, S. L. (tintas para artes gráficas, pinturas industriales).

COMPANIA PRODUCTORA DE LIMAS, S. A. (fábrica de limas y escofinas de las marcas "Cuello" y "Corona").

ESTUDIO QUID



CONSORCIO INDUSTRIAL DO MIÑO SA
frontera nueva del desarrollo de galicia

Portela 5A, tel. 273190-270720, Vigo-España